

masa deblil cuando los se bleber el orden en 179
son. El die daizen propuso la necesidad de que se inter
capasen y abriessen las curias en tiempo de revolucion y
dio mucha prisa para que se formase una comision espe
cial para ello. Varias veces presenlo proyectos de hacen
da y embaxadas forzosas, pero nunca tuvo el influjo ne
cesario para hacerlos adoptar. Al fin de la legislatura se
leeron un mairal de campo; pero habiendo continuado y
tan estrechado sus relaciones con el duque de Orleans,
tuvo el mismo fin que todos los demas genes de adueta
accion, habiendo sido condenado á muerte por el tribu
nal revolucionario el 25 de julio 1794, por conpli
cacion en una conspiracion descubierta en la prision de
los empujadas de ballaba desde el mes de abril
de 1793. Este oronon 44 años y su padre habia naui
do en Paris desde dondicho en 1707.

... de Dyon, que de se aza
... el primer que
... de los de
... de la nacion
... sobre la exportacion de
... los dominios de la corona
... de decretos de la cam

... de Gony d'Arcy, teniente coronel de
... de Francia y duques de
... el partido de
... de la Destilla. Mier
... antes de la revolucion

mas garantia que la propia conviccion de sus de
... la corte re
... sin embargo
... poblada unicamente
... en cierto mo
CAPITULO IV.
de, para del influjo popular y por la tal ex
... contra la asam
... de Paris, con
... natural que Paris

Intrigas de la Corte. — Banquete de los guardias de corps y de los oficiales del regimiento de Flandes en Versailles. — Dias 4, 5 y 6 de octubre, escenas tumultuosas y sangrientas, ataque del palacio de Versailles por la multitud. — Viene el rey á fijarse en Paris. — Estado de los partidos. — Sale de Francia el duque de Orleans. — Negociaciones de Mirabeau con la corte. — Traslacion de la asamblea á Paris. — Ley sobre los bienes del clero. — Juramento cívico. — Tratado entre Mirabeau y la corte. — Bouillé. — Proceso de Favrás. — Planes contrarrevolucionarios. — Clubs de los jacobinos y de los fuldenses.

Al paso que la asamblea continuaba batiendo el edificio por todas sus partes se preparaban grandes acontecimientos. Con la reunion de estamentos, habia recobrado la nacion la omnipotencia constituyente y legislativa, y á consecuencia del suceso de 14 de julio se habia puesto en armas para sostener á sus representantes quedando el rey y la aristocracia aislados y desarmados, sin

mas garantía que la propia convicción de sus derechos en presencia de una nación pronta á intentar y ejecutarlo todo. Sin embargo, la corte retirada en una pequeña ciudad, poblada únicamente de criados suyos, se hallaba, en cierto modo, fuera del influjo popular y podía tal vez intentar un golpe de mano contra la asamblea. Era natural que París, situado á corta distancia de Versalles, siendo capital del reino y estando poblada de una inmensa multitud, deseara tener al rey en su seno, para sustraerle á todo influjo aristocrático y recobrar las ventajas que proporciona á una ciudad la presencia de la corte y del gobierno. De suerte que despues de haber, por decirlo así, aniquilado la autoridad del rey, solo restaba asegurarse de su persona, lo cual era una consecuencia del curso que habian tomado las cosas, y así no se oía otro grito por todas partes que el de *el rey á París!* ya no pensaba la aristocracia en defenderse contra nuevas pérdidas, porque demasiado poco valia lo que la quedaba para ocuparse en conservarlo, y no estaba menos impaciente que el partido popular por una mudanza violenta. Infalibles son las revoluciones, cuando se reúnen dos partidos para provocarlas: ambos contribuyen al estallido, pero solo el mas fuerte se aprovecha del resultado. Al paso que los patriotas deseaban conducir el rey á París, medi-

taba la corte llevarle á Metz, que era una plaza fuerte de primer órden, desde donde podría mandar cuanto quisiese, ó por mejor decir cuanto se hubiese querido en su nombre. Formaban abiertamente los cortesanos planes y proyectos, procuraban reclutar gente, y entregándose á vanas esperanzas se denunciaban á si mismos con sus imprudentes amenazas. Mandaba la guardia nacional de Versalles el general Destaing ¹, que tanta celebridad habia adquirido recientemente al frente de nuestras escuadras. Procuraba ser igualmente fiel á la nación y á la corte, papel muy difícil que casi siempre se interpreta mal y que solo pueden desempeñar con honor los hombres que están dotados de un carácter firme. Supo todas las intrigas de los cortesanos en que figuraban los mas altos personajes y se le habian dado las pruebas mas auténticas de ello, lo cual le decidió á escribir á la reina una carta muy célebre en que la manifestaba con respetuosa firmeza la poca utilidad y mucho peligro de semejantes tramas. No la ocultó nada y nombró á todos los personajes; pero la carta quedó sin efecto. * Una vez que habia dado la mano á semejantes empresas, no debia la reina extrañar que se le hiciesen representaciones.

Se notó en Versalles en aquella misma época,

* Véase la nota 8 al fin del tomo.

la llegada de un gran número de hombres á quienes nadie habia visto nunca, algunos con uniformes desconocidos. Se mandó permanecer allí á la compañía de guardias de corps, cuyo servicio se habia concluido, y fueron llamados algunos dragones y cazadores del regimiento de los tres obispos. Al mismo tiempo los guardias franceses que habian abandonado el servicio del rey, irritados de que se hubiese confiado á otros, quisieron ir á Versalles para volverlo á tomar. Indudablemente no tenian la menor razon de quejarse, supuesto que habian abandonado ellos mismos aquel servicio, pero se cree que obraban por instigacion agena. Tambien se aseguraba en aquel tiempo que la corte habia intentado por este medio asustar al rey y lograr su consentimiento para el viage de Metz. Hay un hecho que no deja de probar este intento, pues que desde los motines del palacio real habia Lafayette colocado un puesto militar en Sévres para defender el paso de Paris á Versalles, pero tuvo que retirarle á peticion de los diputados de la derecha. Logró Lafayette detener á los guardias franceses y hacerles renunciar á su proyecto, y escribió confidencialmente al ministro Saint-Priest para avisarle de lo que habia pasado y disipar enteramente sus temores. Abusando Saint-Priest de la carta, se la enseñó á Destaing, quien se la comunicó á los oficiales de la guardia

nacional de Versalles y á la municipalidad, para instruirlos de los peligros que habian amenazado á la ciudad y de los que podian amenazarle todavía. Se proyectó llamar al regimiento de Flandes y aunque se opusieron muchos batallones de la guardia de Versalles, la municipalidad pidió y obtuvo que fuese llamado dicho regimiento. No era gran cosa la fuerza de un solo regimiento contra la asamblea, pero bastaba para llevarse al rey y proteger su evasion. Comunicó Destaing á la asamblea nacional las medidas que se habian tomado, y obtuvo su aprobacion. Llegó el regimiento, y aunque con poco aparato militar, su llegada no dejó de escitar murmullos. Se apoderaron de los oficiales los guardias de corps y los cortesanos colmándolos de caricias, y como antes del 14 de julio, hubo demostraciones de coalizacion y concierto que hicieron concebir grandes esperanzas.

Esta misma confianza de la corte aumentaba los celos de Paris, y no tardó en irritarse el pueblo al saber las fiestas y regocijos de Versalles, mientras que de todo se carecia en Paris. El 2 de octubre se propusieron los guardias de corps convidar á un banquete á los oficiales de la guarnicion, eligiendo al efecto el salon del teatro, cuyos palcos se llenaron de espectadores de la corte. Entre los convidados figuraban los oficiales de la guardia

nacional, y reinó durante la comida mucha alegría que no tardó en pasar á exaltacion con el mucho vino que se bebió. Antes de concluirse el banquete fueron introducidos los soldados de los regimientos, y los convidados con la espada en la mano brindaron á la salud de la familia real, reusando ó cuando menos omitiendo brindar á la de la nacion; los clarines dieron el toque de carga, á cuyo sonido trepando los concurrentes por los palcos, se pusieron á cantar la cancion tan conocida *O Richard! ó mon Roi l'univers t'abandonne!* O Ricardo, rei mio el mundo te abandona: jurando morir por el rey, como si se encontrára en el mayor peligro. En fin el delirio escedió todos los límites de la decencia, se distribuyeron escarapelas blancas ó negras, pero de un solo color. Los jóvenes de ambos seyos parecian animarse con recuerdos caballerescos, se dice tambien que en aquel momento fué hollada y pisoteada la escarapela nacional. Esto último se ha negado despues, pero todo es creible y aun puede hasta cierto punto escusarse con el esceso del vino. Por otra parte, ¿á qué venian esas reuniones que no suelen producir mas que demostraciones falsas y solo sirven para escitar irritaciones positivas y terribles?

En aquel momento fueron á buscar á la reina que consintió en presentarse á la comida, igualmente que el rey que acababa de llegar de la ca-

za. Todo el mundo se echó á sus pies y cuando se retiraron, les fueron acompañando en triunfo hasta su aposento. Grato es sin duda, á quien se cree despojado y amenazado, encontrar algunos amigos, pero suele ser tambien muy fatal equivocarse acerca de sus propios derechos y sobre su propia fuerza. Cundió muy pronto la noticia de aquella fiesta, y sin duda la imaginacion popular añadía en las relaciones que oía su propia exageracion á la que habia producido la comida. Las promesas hechas al rey fueron consideradas como amenazas á la nacion, y mirada como insulto á la miseria pública la prodigalidad de aquella funcion. El resultado fué que los gritos, *vamos á Versailles* volvieron á empezar con nueva violencia. Asi iban amontonándose las pequeñas causas, para aumentar el efecto de las generales. Algunos jóvenes que tuvieron la imprudencia de presentarse con escarapelas negras fueron perseguidos; á uno de ellos le arrastró el pueblo, y se vió obligada la municipalidad á prohibir las escarapelas de un solo color.

El dia siguiente de la funesta comida pasó otra escena semejante en un almuerzo que dieron los guardias de corps en el salon del picadero. Hubo nueva presentacion á la reina, que dijo: haber quedado muy satisfecha de la fiesta del jueves. La escuchaban con gusto, porque como era menos re-

servada que el rey, se esperaba saber por ella cuales eran los sentimientos de la corte, y así sus palabras pasaban de boca en boca. Crecia la agitación y podian pronosticarse los mas siniestros acontecimientos, pues el pueblo tenia tantas ganas de un alboroto como la misma corte. Aquel, por apoderarse del rey, y esta para que el susto le obligase á refugiarse á Metz. No le disgustaba tampoco al duque de Orleans que esperaba lograr la regencia del reino, si el rey se alejaba. Hasta se llegó á decir que las esperanzas del príncipe iban nada menos que á apoderarse de la corona, lo cual no es muy creíble atendida su pusilanimidad para tan grande ambición. Las ventajas que podia prometerse de aquella nueva insurrección son las que le han hecho acusar de haber tenido parte en ella, pero no hay una palabra de cierto. El no pudo ciertamente dar el impulso, porque este nacia de la misma fuerza de las cosas, y lo mas que pudo hacer fué contribuir á él, y aun tampoco puede admitirse esta suposición, porque ni la escrupulosa sumaria que se instaló sobre ello, ni el tiempo que todo lo descubre han dejado ningun rastro de que hubiese un plan concertado. Es indudable que en aquella circunstancia, como durante toda la revolución, el duque de Orleans no hizo mas que seguir el movimiento popular, esparciendo tal vez algun dinero, dando

lugar á hablillas y teniendo solamente algunas esperanzas vagas. Conmovidó el pueblo por las discusiones sobre el veto, irritado con las escarapelas negras, incomodado por las patrullas continuas y exasperado sobre todo por el hambre, estaba dispuesto á sublevarse. Nada perdonaban Bailly y Necker para que abundasen las subsistencias; pero sea por la dificultad de los trasportes ó bien por los saqueos que se hacian en los caminos, y mas aun por la imposibilidad de suplir al movimiento espontáneo del comercio que habia cesado del todo, faltaban las harinas. El 4 de octubre fué mayor que nunca la agitación, porque se hablaba de la salida del rey para Metz, y de la necesidad de irle á buscar á Versalles; se miraba con recelo á las escarapelas negras y por todas partes se clamaba por pan. Se logró contener al pueblo con fuertes y numerosas patrullas, y se pasó la noche con bastante tranquilidad. Al dia siguiente 5 volvieron á reunirse los grupos desde por la mañana, las mugeres cercaron las tiendas de los panaderos y, como faltaba el pan, corrieron á la casa de la ciudad para quejarse á los municipales que todavía no se habian reunido. Encontraron únicamente un batallón de la guardia nacional formado en la plaza, algunos hombres se incorporaron con aquellas mugeres, pero los echaron diciendo que los hombres no sabian hacer nada y

en seguida se precipitaron sobre el batallon , al cual hicieron retroceder á pedradas. En este momento, habiendo logrado derribar una puerta, fué invadida la casa de la ciudad, en que entraron de tropel con las mugeres muchos pillos armados de lanzas y quisieron incendiarla. Se logró alejarlos de allí; pero se apoderaron de la puerta que conducia á la campana gorda, y tocaron á rebato á cuyo toque los arrabales se pusieron en movimiento. Un ciudadano llamado Maillard ² de los que mas se habian distinguido en la toma de la Bastilla, acudió al oficial que mandaba el batallon de la guardia nacional para buscar un medio de libertar la casa de la ciudad de aquellas mugeres furiosas. No se atrevió el oficial á aprobar el medio propuesto que era reunir las bajo pretexto de ir á Versalles, pero con la intencion de no conducir las allí. Con todo eso se decidió Maillard y cogiendo un tambor, todas se fueron tras de él. Iban armadas con palos de escobas, fusiles y nabajas. A la cabeza de aquel ejército tan particular, siguió Maillard por el muelle abajo, atravesó el Louvre, y se vió á pesar suyo en la precision de dirigir aquellas mugeres por las Tullerías hasta que llegó á los campos eliseos; allí logró desarmar las, persuadiéndolas que era mejor presentarse á la asamblea como suplicantes y no como furias armadas; consintieron en ello y se vió

obligado á conducir las á Versalles, no siendo ya posible distraer las de aquel intento que ya entonces era general. Se veian hordas enteras de mugeres arrastrando cañones, otras cercando á la guardia nacional, la cual tambien cercaba á su gefe, y todos se dirigian hacia Versalles, único objeto del deseo universal.

Durante este tiempo la corte se mantenía tranquila, pero no así la asamblea que recibia tumultuosamente un mensaje del rey, á cuya aceptacion habia presentado los artículos constitucionales y la declaracion de derechos que aguardaba pura y sencilla con promesa de promulgarla. Por la segunda vez, el rey sin esplicarse mas de lo preciso, dirigia algunas observaciones á la asamblea, diciendo que daba su adhesion á los artículos constitucionales, aunque sin aprobarlos. Daba por buenas muchas de las máximas que se asentaban en la declaracion de derechos, pero que necesitaban esplicaciones, y por último decia que no podia hacerse juicio del conjunto sino cuando estuviese concluida la constitucion. Podia sin duda sostenerse esta opinion que era la de muchos publicistas, pero ¿ convenia ó no espresarla en aquel momento? Apenas se acababa de leer aquella contestacion, cuando se oyeron quejas por todas partes, sosteniendo Ropespierre ³ que no tenia el rey derecho de criticar á la asamblea, y añadiendo Dupont

que semejante contestacion necesitaba la firma de un ministro responsable. Aprovechó Petion aquella ocasion para recordar el banquete de los guardias de corps, denunciando de paso las imprecaciones proferidas contra la asamblea. Habló Gregoire de la escasez de víveres y preguntó con qué objeto se habia dirigido una carta á un molinero, ofreciéndole 200 francos semanales si se abstenia de moler. Esta carta no probaba nada, pues que podian haberla escrito todos los partidos y sin embargo escitó un gran tumulto.

Mr. de Mompey ⁴ pidió que se obligase á Petion á firmar su denuncia, entonces Mirabeau, á pesar de haber desaprobado en la misma tribuna á Petion ⁵ y á Gregoire, se presentó para contestar á Mr. de Mompey y dijo: «yo he sido el primero á «desaprobar estas denuncias impolíticas, pero su-
«puesto que se insiste en ellas, yo mismo voy á «denunciar y firmaré despues que se haya decla-
«rado que el rey solo es inviolable en Francia.» Al oír estas terribles palabras todos callaron y siguió la discusion sobre la contestacion del rey. Acababan de dar las once de la mañana cuando llegó la noticia de los movimientos de Paris. Se acercó Mirabeau al presidente Mounier, quien elegido recientemente á pesar de los clamores del palacio real y á quien amenazaba una caida gloriosa, se preparaba á desplegar en aquel triste

dia el mayor valor y firmeza. Se acercó pues Mirabeau, y le dijo: «Estamos amenazados por Pa-
«ris, aparentad una indisposicion repentina; id
«luego á palacio y aconsejad al rey que acepte
«pura y sencillamente. A lo que contestó Mounier,
«Si Paris está en marcha tanto mejor; que nos
«maten á todos sin esceptuar uno, el estado gana-
«rá mucho en ello.» Bonito es el chiste, replicó Mirabeau, y volvió á sentarse. Continuó la discusion hasta las tres, y se decidió que fuera el presidente á pedir al rey la aceptacion pura y sencilla. En el momento en que iba á salir Mounier para palacio, se anunció una diputacion que se componia de Maillard y de las mugeres que le habian seguido. Pidió Maillard la entrada y la palabra, y concedido uno y otro se le introdujo seguido de las mugeres que inundaron el salon. Allí hizo relacion de lo que habia pasado, atribuyendo los desórdenes á la falta de pan y á la desesperacion del pueblo; habló de la carta dirigida al molinero y dijo que habia sabido por una persona á quien habia encontrado en el camino, que un cura párroco estaba encargado de denunciarlo. Este cura era Gregoire, quien, como acaba de verse, era el que habia hecho la denuncia. Se oyó entonces una voz que señaló al arzobispo de Paris Juigné como autor de la carta, pero fué repelida con la mayor indignacion la calumnia dirigida